



Monika Zgustova
Un revólver para salir
de noche



UN REVÓLVER PARA SALIR DE NOCHE

MONIKA ZGUSTOVA



© Antoni Sella

MONIKA ZGUSTOVA

Aunque nacida en Praga, Monika Zgustova reside desde los años ochenta en Barcelona. Traductora, escritora y periodista (colabora con *El País-Opinión*, entre otros periódicos, nacionales e internacionales), tiene en su haber sesenta traducciones, del checo y del ruso, de Bohumil Hrabal, Jaroslav Hašek, Václav Havel, Milan Kundera, Anna Ajmátova y Marina Tsvetáieva, entre otros, por las que ha recibido el premio Ciudad de Barcelona y el premio Ángel Crespo. Es autora de siete novelas, entre las que destaca *La mujer silenciosa*, aclamada entre las cinco mejores novelas del 2005, *La noche de Valia*, premio Amat-Piniella 2014 a la mejor novela del año, *Las rosas de Stalin* (Galaxia Gutenberg, 2016), *Vestidas para un baile en la nieve*, premio Cáalamo al mejor libro del año 2017 y seleccionado como uno

de los diez mejores libros del año por *La Vanguardia*, *El Periódico* y *W Magazine*, y *La intrusa*, estas dos últimas también publicadas en Galaxia Gutenberg, en 2017 y 2018, respectivamente. Su obra se ha traducido a diez idiomas, entre ellos inglés, alemán y ruso, con tres de sus novelas publicadas en Estados Unidos. Ha estrenado dos obras de teatro.

Continuando con su particular aproximación a la mujer en el siglo XX, esta vez Monika Zgustova centra su atención en Véra Nabokov, la mujer que acompañó al escritor Vladimir Nabokov durante toda su vida. Véra es un ejemplo diáfano de la mujer que, consciente de que comparte su existencia con un hombre extraordinario, decide convertir en su razón de ser el éxito de su marido. Véra es la primera lectora de los textos de Vladimir, quien los pasa a limpio y los prepara para su edición. Organiza la vida de los Nabokov en el exilio, primero en Berlín, luego en París y finalmente en Estados Unidos, donde convence a su esposo de que pase a escribir en inglés y se centre en las novelas, hasta su regreso a Europa, cuando se establecen en Suiza. Lleva las finanzas de la familia y negocia los contratos de los libros, las adaptaciones cinematográficas, los contratos en las publicaciones periódicas. Pero también pretende controlar las amistades de Vladimir, sobre todo las femeninas, hasta el punto de asistir a las clases de su marido en la universidad como una alumna más. Y por otro lado, ¿hubiera sido Nabokov uno de los más grandes escritores del siglo XX sin Véra?

La pregunta surge ineludible: ¿era Véra una mujer independiente, como ella se consideraba a sí misma, o su vida dependía en todo y para todo de la de su marido?

La novela se adentra asimismo en las relaciones de Nabokov con otras mujeres, a pesar del férreo control de Véra, y lo que representaron para Nabokov y su obra.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© Monika Zgustova, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Imagen de portada:
Autorretrato en el Bugatti verde, Tamara de Lempicka,
1929.
Óleo sobre lienzo
© Tamara Art Heritage, VEGAP, Barcelona, 2019

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17971-03-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



LA MARIPOSA AMARILLA

Vladimir
Montreux, 1977

1

Miraba por la ventana el lago, que un tímido sol de primavera plateaba, mientras reflexionaba sobre la novela que estaba escribiendo: *El original de Laura*. Pensó que siempre que confería un detalle entrañable de su vida a los personajes que creaba, este se diluía de inmediato en el mundo ficticio en el que sin previo aviso se veía depositado. Si bien persistía en su mente, el ardor y el encanto retrospectivo que hasta entonces lo habían caracterizado se esfumaban paulatinamente y, al cabo de poco, ya se identificaba de manera más íntima con la novela que con él.

Echó una ojeada a su hijo, que acababa de entrar en la habitación, y decidió no introducir en el libro sus recuerdos más preciados; esta vez se los guardaría. No quería que en su memoria las casas se vinieran abajo con el sigilo de las películas mudas de los tiempos lejanos de su niñez y juventud. No permitiría que su obra, cual ladrón, le robara lo mejor que conservaba su interior.

Su hijo de cuarenta y tres años, Dmitri, llevaba un traje oscuro de noche y una camisa blanca sobre la que resplandecía una fina corbata verde pastel; alto y delgado, recordaba un chopo en el esplendor de la primavera. Eran las cinco y media de la tarde y, por la ventana abierta del pequeño apartamento del hotel Montreux Palace, entraba un aire muy cálido para ser marzo.

—Pareces un dandi —lo alabó Véra.

Y era cierto que Dmitri, cantante de ópera en La Scala de Milán, tenía el porte aristocrático de su padre. De ella había heredado los ojos cristalinos y las facciones clásicas mediterráneas, judías.

—¿Vas a salir hoy, Mitia? —preguntó Nabokov padre—. Como no has comentado nada esta tarde durante el paseo...

Dmitri les explicó que en el Grand Théâtre de Ginebra se estrenaba aquella noche *El barbero de Sevilla*, en la que cantaba un compañero suyo. Le había dejado una entrada gratis en la taquilla.

—¿Cenarás con nosotros después de la ópera? —quiso saber Véra.

Comería algo con sus amigos, repuso él mientras se dirigía a la puerta. Antes de salir, abrió el cajón de la mesa: buscaba la llave de su coche, un Ferrari azul adquirido hacía apenas unos meses, a finales de 1976. Véra temblaba cada vez que Dmitri cogía el coche, aunque una vez más no dejó que se le notara. Sabía bien que el gusto por los coches y la velocidad le venía de ella.

—¿Y el abrigo, Mitia? Ponte algo encima, estamos solo a marzo. Soplará el viento de las montañas y del lago —fue lo único que dijo.

Pero Dmitri deseaba que llegaran de una vez la primavera y el calor, y le parecía que salir sin abrigo era una forma de atraerlos. Se adentró en la noche ataviado únicamente con su elegante traje.

Al día siguiente, como todas las mañanas, el camarero les sirvió el desayuno en la mesa de una de las habitaciones, la que utilizaban como comedor, despacho y salón, en la última planta del hotel donde vivían desde hacía quince años. Dmitri se sonaba la nariz, tosía y le dolía la garganta. Véra se moría de ganas de soltarle un maternal: «Ya lo ves, esto te pasa por no hacerme caso», pero se contuvo. Solo le preguntó si por la noche había hecho frío. Dmitri sorbió un poco de té y comentó que, cuando salieron de la ópera y se dirigieron al restaurante, el tiempo había cambiado y soplaban un viento helado de los Alpes.

—Debo de haberme resfriado. Después del desayuno me tumbaré otro rato.

El resfriado acabó en gripe. Dmitri le pidió a su padre, que rondaba ya los ochenta, que hiciera el favor de no acercarse a su dormitorio. Pero a la madre, que tenía casi la misma edad, no se lo podía prohibir; ella lo cuidó todo el día. Al día siguiente cayó enferma. La gripe hizo estragos aquel año y ciertamente el tiempo había cambiado: tras una breve premonición de la primavera, regresaba el viento del invierno.

Como todas las mañanas, Nabokov se despertó a las siete tras un sueño poco reparador; solía dormir desde las once hasta las dos de un tirón, con una pastilla; cuando esta dejaba de surtir efecto, se tomaba otra y dormía desde las cuatro hasta las siete; entretanto leía. Por la mañana se quedaba un rato en la cama, planeando lo que iba a escribir y hacer durante el día. A las ocho se afeitaba, desayunaba y conversaba con Véra; después se metía en la bañera. Aseado y con el estómago lleno, se ponía a escribir. Cuando el servicio de habitación invadía la estancia con las escobas y la aspiradora, salían a dar un paseo bordeando el lago. A la una, la señora Furrier, que parecía un zorro risueño, les servía la comida; la preparaba en una de las habitaciones, en la que habían instalado una cocinita. Nabokov volvía a la escritura antes de las dos para terminar a las cinco y media. Luego salía a pasear y a comprar el periódico. Tenía la sensación de que en Suiza olvidaba el inglés, por lo que leía prensa anglosajona, sobre todo americana: *The New York Times*, *The New York Review of Books*, el *Times Literary Supplement*, el *Newsweek* y el *Time*. Los Nabokov se habían mudado de Estados Unidos a Suiza tras el enorme éxito que tuvo *Lolita* y que les permitía llevar una vida desahogada y acomodada. Vladimir compraba todos los días los periódicos en tres quioscos distintos para que todos hicieran negocio; a los vendedores solía soltarles alguna broma, como hacía también con el personal del hotel.

Los periodistas que a menudo acudían al Montreux Palace sin invitación para entrevistarle se quejaban de que el muy engreído se negara a recibirlos. Los miembros del per-

sonal del hotel, sin embargo, lo adoraban y lo defendían con vehemencia. Los periodistas no lo entendían: les parecía un hombre cerrado, frío, antipático. Si en aquel momento Dmitri se hallaba en el hotel de visita, les explicaba que su padre se protegía con aquella aparente soberbia y frialdad de la presión constante de los fotógrafos y periodistas que se presentaban de improviso. Su sentido de la precisión no le permitía tratar un tema con aproximaciones; necesitaba pensarlo todo bien para poder responder con el máximo rigor, por eso tan solo concedía entrevistas por escrito.

Por la mañana Véra se levantó para almorzar con Vladimir. Se retiró detrás de las orejas la densa cabellera blanca, el único adorno que lucía, para evitar así que le cayera a la cara mientras comía. Al terminar, se sentó en el sillón de la habitación de su marido que hacía las veces de despacho. Él se levantó con la intención de besarla.

—No, Volodia, ¡que te vas a contagiar! —lo ahuyentó Véra.

Así que Vladimir volvió a sentarse, no sin cierta dificultad, ante el escritorio y fingió escribir, aunque no podía concentrarse. Pensaba en Véra y en él, cuando tenían poco más de veinte años...

2

... Conservaba la fecha y el lugar grabados en la memoria, a pesar de que hacía cincuenta y cuatro años de aquello: fue en Berlín, el 8 de mayo de 1923. Vladimir, que por aquel entonces contaba veinticuatro primaveras, fue al baile de disfraces de los emigrados rusos sin esperar gran cosa. Si decidió asistir fue para ver una vez más, quizá la última, a Svetlana; la herida de su reciente ruptura seguía dolorosamente abierta. Se dijo que en el baile podría burlar la estricta prohibición que los padres de la joven, que no veían con buenos ojos la compañía de un escritor pobre, le habían impuesto: que no volviera a relacionarse con él. La buscó con la mirada; en un par de ocasiones bailó indiferente con alguna chica y fumó cigarrillos con uno u otro conocido, pero Svetlana no apareció por ninguna parte.

Se disponía a irse malhumorado cuando le llamó la atención una joven con un vestido negro y una máscara veneciana de lobo que le cubría la frente y la nariz. Bailaron juntos, fumaron y bebieron vino blanco de la región del Rin. La chica no se quitó la máscara de lobo en ningún momento; le ensombrecía los ojos, de modo que solo podía percibir su brillo muy de vez en cuando. Eran de un azul grisáceo y contrastaban con el tono oscuro de la máscara. Vladimir le recordó que llevaba puesto el hocico de lobo, más que nada para que al día siguiente no fuera a trabajar con aquella facha. La joven sonrió con sus labios finos, pero no por ello despejó su rostro. Vladimir imaginó entonces que la misteriosa muchacha era muy bella y que, acostumbrada como estaba a la admiración de los hombres, aprovechaba la ocasión que brindaba el baile de disfraces para conven-

cerse de que, para cautivarlos, le bastaban su ingenio e inteligencia. Claro que también contaba con una figura estilizada, una clara y brillante melena que le caía hasta los hombros y unos labios delineados con delicadeza que le hacían pensar que se trataba de una mujer sensible.

Salieron juntos a la noche primaveral, se detuvieron junto a un canal y la joven le recitó de memoria unos versos que él había compuesto. Al principio, Nabokov se rio para sus adentros de la solemnidad con que ella recitaba: le pareció que su actuación resultaba estudiada y teatral, como si imitara a uno de los personajes histéricos de las óperas de Verdi o como si una maestra de provincias declamara con grandilocuencia unos versos patrióticos en una celebración de la fiesta nacional. Pero luego miró los castaños en flor que resplandecían al fondo de la noche y le pareció que todo resultaba mágico, irreal. Se había crecido con el recital y, aunque la desconocida siguiera con la máscara puesta, la sentía más próxima. Vladimir escribió un poema sobre el encuentro aquella misma noche.

A mediados de mayo se fue a una finca de la Provenza a recoger cerezas, que en junio serían albaricoques y en julio, melocotones. Si bien no había olvidado a Svetlana, tras vacilar un poco escribió varias cartas a Véra Slónim, que era el nombre de la joven de la máscara de lobo.

No voy a esconderlo —fueron las primeras palabras que le dirigió—, no estoy nada acostumbrado a que alguien me entienda, pongámoslo así. Es algo tan poco habitual para mí, que en los primeros momentos pensé que se trataba de una broma, de un extraño truco producto del baile de disfraces. En cambio luego... Hay cosas que cuestan de explicar, porque cuando las rozas con las palabras, desaparece su polen mágico. Sí, te necesito, mi cuento de hadas... Porque eres la única persona con la que puedo hablar sobre la sombra de una nube, sobre la melodía de una idea y sobre cómo hoy, mientras iba a trabajar, he mirado un girasol a la cara y él me ha sonreído con todas sus semillas.

Cuando volvió a Berlín, ciudad reseca en aquella época del año, Véra se había ido de vacaciones. Vladimir seguía soñando con Svetlana pero, a la vuelta de su amiga del baile, la buscó. Resultó que hasta la Revolución los dos habían vivido en el mismo barrio de San Petersburgo, que tenían muchos conocidos comunes y que, en el exilio berlinés, frecuentaban los mismos ambientes. De hecho, habrían podido coincidir varias veces y lo sorprendente era que no hubiera ocurrido hasta entonces. Salieron a pasear por el barrio residencial a orillas del lago Wannsee; hacía un precioso día ventoso con indicios de melancolía otoñal y Véra se puso a hablar de las casualidades que podrían haberlos unido hacía tiempo y que, sin embargo, no lo habían hecho.

—¿Sabes qué pienso yo de las casualidades?

—¿Qué, Volodia?

—Había una vez un hombre que perdió su catalejo en el vasto azul del mar —explicó él mientras doblaban en una esquina desde la que se veía el lago—. Al cabo de veintidós años, justo el mismo día, que además volvió a caer en viernes, se comió un pescado grande y... no encontró el catalejo en sus tripas. Esto es lo que pienso de las casualidades.

La historia que se acababa de inventar y de la que se rio a carcajadas dejó más bien fría a Véra. Con todo, se esforzó y esbozó la característica y enigmática media sonrisa que tanto la favorecía: la comisura izquierda de la boca para arriba, la derecha para abajo. Al ver que con su historia no había tenido éxito, Vladimir decidió entretener a su compañera con cuestiones prácticas, por las que ella siempre mostraba un gran interés. Le contó que se había trasladado de la pensión Martin-Luther-Strasse a la Andersen. La dueña era una española que había pasado mucho tiempo en Chile, buena cocinera y mujer alegre, tolerante y tranquila a la que no le importaba que un joven escritor se presentara a desayunar a las once, tanto si se debía a una noche de trabajo como a una noche de juerga. Vladimir estaba en-

cantado de haber encontrado a una aliada en la dueña y de no sentirse violento por perturbar la omnipresente disciplina y orden alemanes, como a menudo le había pasado en las habitaciones alquiladas y pensiones donde se había alojado.

Recordaba que Véra se había reído como lo habría hecho un cómplice y que con eso lo acabó de conquistar.

Tras este triunfo, se atrevió a mostrarle una hoja que desde hacía unas semanas llevaba en el bolsillo del abrigo: había preparado para su amiga una lista de las mujeres con las que había mantenido relaciones duraderas antes de conocerla a ella. Tales listas eran una costumbre rusa que los jóvenes habían tomado de Evgueni Oneguín, el protagonista de la novela de Pushkin del mismo nombre. En la lista de Vladimir había veintiocho nombres de mujer. Aquel día, junto al limpio y cristalino Wannsee en el que se reflejaba el brillo de la tarde, Véra solo echó un vistazo rápido al papel y se lo guardó en el bolso. Tras vacilar un poco, dedicó una mirada coqueta a Vladimir. Coqueta, sí, pero a él le pareció que también estaba llena de gratitud, como si valorara profundamente su prueba de franqueza y buenas intenciones.

Transcurrió casi un año desde su primer encuentro y llegó la siguiente primavera. El 25 de abril de 1925, Vladimir cenó con los Slónim. En medio de la conversación y en un tono ligero, Véra dijo:

—Antes de que me olvide: esta tarde nos hemos casado.

Su padre se rio con ganas y su nueva esposa, Aniuta, veinticinco años menor que él y prima de Véra, lo acompañó.

Respondiendo a las preguntas de los miembros de la familia, Véra explicó que la boda se había celebrado en el Ayuntamiento de Berlín y que, tal y como exigía la ley, los habían acompañado dos testigos.

—Amistades más bien casuales —precisó.

Vladimir había residido en Berlín, Praga, París, Nueva York y otras ciudades norteamericanas; ahora, quisiera o

no, habitaba en Montreux. Y pensó que mientras que los zares nunca habían logrado dominar los cerebros humanos a voluntad del gobierno, los bolcheviques lo consiguieron enseguida después de que el gran contingente de intelectuales desapareciera en el exilio o fuese liquidado de otra manera. Tras la Revolución, el feliz grupo de exiliados pudo dedicarse a sus intereses con una impunidad tan absoluta que, de hecho, a veces se preguntaban si la sensación de disfrutar de una libertad mental absoluta no se debía al hecho de trabajar en un vacío total. Lo cierto es que entre los exiliados había una cantidad suficiente de buenos lectores para garantizar la publicación de libros y periódicos en capitales europeas como París, Berlín y Praga, a una escala comparativamente grande; pero puesto que ninguno de los escritos podía circular con libertad por la Unión Soviética, todas esas actividades adquirieron un cierto aire de frágil irrealdad.

Vladimir soltó una risita al pensar en lo fácil que hubiera sido para un observador independiente ridiculizar a toda esa gente casi intangible que en ciudades extranjeras imitaba una civilización muerta: los remotos, casi legendarios, casi sumerios espejismos de San Petersburgo y Moscú del periodo que iba de 1900 a 1916 (y que incluso entonces, en los años veinte y treinta, parecían los años 1900-1916 antes de Cristo). Pero como mínimo fueron rebeldes, como lo había sido la mayoría de los grandes escritores rusos desde los comienzos de la literatura rusa, y eran tan fieles a esa condición de insurgentes y tenían tanto sentido de la justicia y la libertad como sus predecesores bajo los zares.

Vladimir y Véra pasaron juntos en Berlín la segunda mitad de la década de los veinte a pesar de que Vladimir deseaba mudarse a otro sitio. Su vida interior estaba reñida con la cultura alemana, demasiado estricta y altisonante para su sensibilidad; escribió sobre sus sentimientos respecto a Alemania en el cuento «Nube, castillo, lago», que consideraba uno de sus mejores relatos, en parte porque bajo su superficie se escondía, como en el fondo del lago, otra his-